

ninguno de los huecos de la vida; siempre hay algo de más ó de menos; toda patria es un destierro, todo destierro es una patria; Allá parece siempre preferible á Aquí; nuestros mayores colmos son el vacío.

Sólo una serenidad es posible, la de la conciencia. Hay nubes en todo lo demás. ¡Majestuosa obscuridad!

Y ¿para qué sorprenderse y quejarse, para qué quejarse, si la muerte es debida al hombre?

¿Qué necesitáis, pues?

Lo cierto—¡y qué esperanza es semejante certidumbre!—es que un fenómeno grandioso, la libertad, comienza para el hombre en la tierra. Hablando el lenguaje riguroso de la filosofía y para reservar las posibilidades oscuras, digamos que únicamente en el hombre empieza ese fenómeno á ser visible. Sólo el hombre aparece libre en la tierra. Todo lo que no es el hombre, que sea la cosa ó la bestia, es fatal. Eso es á lo menos la incontestable apariencia.

Abramos un paréntesis.

(La penetración de otra ley, situada más adelante en las profundidades y que explica la apariencia fatal de la bestia y de la cosa, sólo es dada á la intuición. Esa ley, en la cual creemos personalmente, está tan poco entrevista, que ni siquiera uno de sus lineamientos se halla científicamente fijado. El nombre de hipótesis es un principio de aceptación que la ciencia no consiente aún darle, tanto es lo que esa ley se halla comprendida en la quimera. ¿Existe?, pregunta. Los más osados se limitan á decir: hay algo en eso).

Cerramos el paréntesis; no queremos que nuestro raciocinio pierda fondo un solo instante, y declaramos limitarnos aquí á los hechos perceptibles para todos; raciocinamos acerca de lo palpable y lo visible; permanecemos en los datos de la experimentación filosófica universalmente admitida.

Asentado esto, ¿qué tiene el hombre en la tierra de más que los otros seres?

La facultad de hacer el bien y el mal.

En él comienza esa facultad, y, por consiguiente, esa noción: el bien y el mal.

El bien y el mal ¡qué vista sobre lo desconocido!

Revelación de la ley moral.

Poder hacer el bien ó el mal, ¿qué es? Es la libertad. ¿Y qué más es? Es la responsabilidad. Libertad aquí, responsabilidad allá, ¡oh espléndido descubrimiento! ¡La libertad es el alma!

Libertad implica resurrección; porque resurrección es responsabilidad. Para cumplir su ley, es decir, para pasar de libertad á responsabilidad, es absolutamente preciso que después de la vida, ese fenómeno, que es el hombre mismo, persista. Por consiguiente, y de un modo irresistible, queda así demostrada la supervivencia del alma al cuerpo.

Esas son las tinieblas sagradas.

La ley moral es el hilo hallado en el laberinto.

Siento calor, adelanto, es el bien; siento frío, retrocedo, es el mal. La afinidad de Dios con mi alma se manifiesta por una inefable caricia oscura cuando me acerco á él. Pienso, le siento cerca de mí; creo, le siento más cerca; amo, le siento más cerca; me entrego, me sacrifico, le siento más cerca todavía.

Esto no es mi observación, puesto que no veo ni toco nada; ni imaginación, pues entonces la virtud sería imaginaria; es intuición.

Todas las raíces de la ley moral están en lo que he llamado supernaturalismo. Negar el supernaturalismo, no es únicamente cerrar los ojos á lo infinito, es cortar todas las virtudes del hombre por la base. El heroísmo es una afirmación religiosa. Todo el que se sacrifica prueba la eternidad. Ninguna cosa finita tiene en sí la explicación del sacrificio.

El que escribe estas líneas lo ha dicho ya en otra parte: el ideal en la tierra, lo infinito fuera de la tierra; he ahí el doble objetivo que es al mismo tiempo el objetivo único, pues uno conduce el hombre al progreso y el otro lleva el alma á Dios.

Se puede, seguramente, ser un espíritu irónico y tranquilo, no creer en nada, y dejar esta vida con fiereza.

Petronio, hombre dado á los placeres, hace todo cuanto puede para morir voluptuosamente. Toma un baño tibio, lee nuevamente la orden de Nerón, recita algunos versos de amor, luego coge un cuchillo y se corta las cuatro venas; hecho eso, mira correr su sangre, separa con los dedos el corte de una vena, luego de otra, los tapa, los vuelve á abrir, unas veces es el brazo derecho y otras el izquierdo, y dice riendo á sus amigos: *Amant alterna camænae*. Sin duda que es esa una actitud soberbia en la sombra; pero es más efectuar su salida que morir.

Morir bien, es morir como Leónidas, por la patria; como Sócrates, por la razón; como Jesús, por la fraternidad. Sócrates muere por inteligencia y Jesús por amor; no hay nada más grande ni más dulce. ¡Felices entre todos aquellos que tienen una hermosa muerte! El alma momentáneamente detenida aquí en el hombre, pero consciente de un destino mancomunado con el universo, les debe el contentamiento de poder asociar la idea de belleza á la idea de muerte, vaga prueba de porvenir que satisface confusamente al alma.

Nadie niega que esas meditaciones sean abstrusas. Pero no hay ninguna noble inteligencia que no se deje arrastrar por ellas. La parte de abismo que hay en nosotros se ve llamada por la parte que hay de abis-

mo fuera de nosotros. Esas anchuras agradan á la inteligencia; según es el espíritu que sueña más ó menos grande, el rayo visual del pensamiento se hunde hasta profundidades distintas. El ensayo de comprender, eso es toda la filosofía. La creación es un palimpsesto á través del cual se descifra á Dios. El gran obscuro huye, pero quiere ser perseguido. El enigma, Galatea formidable, huye bajo los prodigiosos ramajes de la vida universal, pero os mira y desea que la vean.

Ese sublime deseo de lo impenetrable: ser penetrado, hace brotar en vosotros la oración.

Poco á poco se eleva el horizonte, y la meditación se vuelve contemplación; luego se enturbia y la contemplación se convierte en visión. No se sabe qué torbellino de hipótesis y de realidades, lo que puede ser complicando lo que es, nuestra invención de lo posible procurándonos ilusión á nosotros mismos, nuestras propias concepciones mezcladas con la obscuridad, nuestras conjeturas, nuestros ensueños y nuestras aspiraciones tomando forma, todo eso quimérico sin duda, todo eso verdadero quizá, apariciones de almas en los relámpagos, pasos rápidos de sudarios, dulces rostros amados se esbozan en unas transparencias inexplicables, sonrisas que huyen en la noche, el prodigioso ensueño de la inmanencia entrevisto, ¡qué vértigo! Los apocalipsis vienen de ahí.

Podréis disminuir eso al filósofo, pero no lo disminuiréis al poeta. Desde Job hasta Voltaire, todo poeta tiene su parte de visión. Cierta grandeza sideral está unida á esa locura. En esa demencia augusta hay algo de la revelación. Ser ese visionario posible, y, sin embargo, continuar siendo prudente y sabio, es la facultad sobrehumana que permite conocer á los espíritus supremos.

No somos, por cierto, de los que quieren absolutamente hallar el poeta en persona en los tipos de esos

dramas, y que le hacen responsable de todo cuanto dicen esos personajes; lo que sería reducir á un yo lírico y monocordio el yo múltiple é indefinido del autor dramático; pero, sin hacer al poeta solidario de sus creaciones, borracho á causa de Falstaff, hipócrita á causa de Tartuffe, intrigante á causa de Figaro, fratricida á causa de Caín, sin canonizar á Corneille á causa de Poliucto, sin idealizar á Schiller á causa de Posa y sin caricaturizar á Homero á causa de Tersites, aunque rechazando esa manera cómoda y pueril de coger á un hombre en flagrante delito en su obra, pensamos que se puede á veces ver por trozos, en ciertas figuras preferidas, luminosidades del alma misma del poeta. Puede decirse en ciertos momentos: esto es una chispa de Plauto, esto es un relámpago de Esquilo. El autor se encarna un poco más en tal personaje que en todos los demás. Es evidente, por ejemplo, que Hamlet es una predilección para Shakespeare, lo mismo que Alceste es una predilección para Molière; y puede asegurarse que es Shakespeare quien habla cuando Hamlet dice:—«Horatio, hay en el cielo y en la tierra muchas más cosas que las que ha soñado vuestra filosofía.»

La gran ansiedad de lo que puede ser, tal es la perpetua obsesión del poeta. Lo que puede ser en la naturaleza, lo que puede ser en el destino; prodigiosa noche.

Por la tarde, durante el crepúsculo, desde el alto talud de la playa, al aproximarse el aire fresco de la marea que sube, la vista extraviada entre todos los pliegues de la obediencia al viento, abajo las olas, arriba las nubes, el rostro fustigado por la espuma, mientras que las gaviotas asustadas aletean, las olas acuden llenas de los ahogados gemidos de los naufragios, mirar el océano, ¿qué es más que esto? ¡mirar lo posible!

Pienso á veces con una alegría profunda que antes de doce ó quince años, á más tardar, sabré lo que es esa sombra, la tumba, y tengo una especie de certeza de que mi esperanza de claridad no será engañada.

¡Oh vosotros á quienes amo, no os aflijáis por ese grito que lanzo hacia el descanso supremo, no os entristezcáis de esa impaciencia, pues tengo fe de que en lo infinito está la gran reunión! Os volveré á encontrar allí sublimes y vosotros me hallaréis mejor. Y nos amaremos como en la tierra, y al mismo tiempo como en el cielo, con el crecimiento misterioso de la inmensidad.

La vida no es más que un motivo de encuentro; después de la vida viene la unión. Los cuerpos no tienen más que el abrazo, las almas tienen la estrecha unión. ¿Podéis figuraros, ¡oh queridos míos!, ese divino beso del azur cuando no hay más que luz en el yo? La manera como se aman los transfigurados, forma parte de lo que llamamos aquí luz del día. Su conjunción es rayo. ¿Quién sabe si todos nuestros enardecimientos celestiales por el deber y la virtud no nos vienen inefablemente de su claridad, si no nos prestan el servicio de hacernos buenos siendo dichosos, y si no tienen por ley sublime el ser útiles porque son amados?

Procuremos estar un día entre ellos. Y aquí abajo, hasta que suene la grande hora, vosotros y yo, yo sobre todo, que tengo tantas imperfecciones, y que tengo tanto que hacer para llegar á la bondad, no descansenos, trabajemos, velemos sobre nosotros y sobre los otros, gastémonos por la probidad, prodiguémonos por la justicia, arruinémonos por la verdad, sin contar lo que perdemos, pues lo que perdemos lo ganamos. Nada de descanso.

Hagamos según nuestras fuerzas, y más allá de

nuestras fuerzas. ¿Dónde hay un deber? ¿Dónde hay una lucha? ¿Dónde hay un destierro? ¿Dónde hay un dolor? Corramos allí. Amar es dar; amemos. Seamos profundas buenas voluntades. Pensemos en ese inmenso bien que nos espera, la muerte.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	<u>Páginas</u>
De los manuscritos inéditos...	5
EL ESPÍRITU	
MONTÓN DE PIEDRAS.—I.	9
UTILIDAD DE LO BELLO	17
MONTÓN DE PIEDRAS.—II	29
EL GUSTO.	35
MONTÓN DE PIEDRAS.—III	51
LOS GRANDES HOMBRES:	
I. El jubileo de Shakespeare	59
II. La Fontaine.	67
III. Voltaire	69
IV. Beaumarchais	71
V. El genio	75
MONTÓN DE PIEDRAS.—IV	83
<i>Promontorium Somnii</i>	93
MONTÓN DE PIEDRAS.—V	137
EL ALMA	
MONTÓN DE PIEDRAS.—VI	149
LA VIDA Y LA MUERTE.	161
ENSUEÑOS ACERCA DE DIOS	175
UN ATEO.	185
COSAS DE LO INFINITO.	193
CONTEMPLACIÓN SUPREMA	211